

manos europeos y destruir de nuevo la soberanía de los Aqueménides. Después de las precauciones y reflexiones, sin las cuales no se arriesgaba Darío á empresa alguna, envió en 511 ó 510 una expedición persa para que estudiase detenidamente las costas de la Grecia europea, y las de los itálicas y sicilíotas. Cuando él, á su vez, después de haber regresado Megabizo de la Tracia, se dirigió á Susa, confirió á su sabio y enérgico hermano Artafernes, la satrapía de Sardes, y se llevó consigo como consejero á Histio de Mileto, que en recompensa de sus servicios había obtenido permiso para fundar una colonia en Mircino, en el bajo Estrimón. Pero Megabizo, á su regreso á Sardes, hizo notar al rey que la favorable situación de aquel lugar permitía fácilmente á los milesios declararse independientes. Darío, para disuadir tal intento del ánimo del hiparca griego, á quien profesaba gran cariño, le tomó para su servicio personal y decidió á Histio, que ciertamente había abandonado su patria con disgusto, á que entregase el gobierno de Mileto á su yerno Aristágoras.

XI.—ÚLTIMOS AÑOS QUE PRECEDIERON AL ROMPIMIENTO DE LA GUERRA GRECO-PERSA

Darío dejó trascurrir muchos años sin poner su ejército en movimiento contra los griegos, á quienes causaron gran temor los trabajos que desde 510 hasta 502 se llevaban á cabo por orden del monarca persa. La inteligente organización dada por el gran rey á sus dominios; la construcción del inmenso camino militar entre Susa y Sardes, con sus correspondientes correos; la nueva división de las satrapías conforme con un nuevo sistema de impuestos, fueron las causas principales de que se aprovechó, en lo posible, la colosal fuerza de los Aqueménides. Este temible poder se presentaba en condiciones muy poco favorables para el mundo griego de Europa: los persas se encontraban en el apogeo de la dinastía, del pueblo

y del ejército; en cuanto á la marina, disponía Darío de la de los fenicios, que sentían desde antiguo un profundo odio contra los griegos. Grecia se encontraba, por el contrario, destruida y dividida en frente de su enemigo cuya fuerza contaba con una extraordinaria unidad de dirección, mientras el vigor de los helenos se consumía en renovadas luchas intestinas. No era de esperar que se reuniesen en una sola las importantes fuerzas militares de los tesalios, beocios, atenienses y peloponesios. Estos últimos eran los únicos que se hallaban estrechamente unidos; mas para mal de todos, estaba entonces Esparta en lucha con la joven Atenas, que pugnaba por levantarse y fortalecerse. Y en efecto la feliz energía con que, según hemos visto, la democrática Atenas, en aquel tiempo, puso término á sus conmociones interiores, debía traer inmediatamente el rompimiento de la guerra persa.

Cuando en 505 el príncipe Hippias vió fallida la última esperanza de entronizarse de nuevo en Atenas con el auxilio de los espartanos, dirigióse á Sardes é hizo todos los esfuerzos posibles para determinar al virey Artafernes á que conquistase el Atica para los persas, y adornase de nuevo con su corona á la familia de los Pisistrátidas. Cuando los atenienses tuvieron noticia de esta intriga, enviaron, según parece poco antes de 501, embajadores á Sardes, que contrarrestasen las pretensiones de Hippias. Artafernes, que consideraba la precipitada promesa que en 507 ó 506 le hicieron los embajadores atenienses, como un tratado, y que miraba á los de Atenas como súbditos, declaróles que si él lo consideraba conveniente para su propio bien, deberían aceptar de nuevo é incondicionalmente á Hippias. Como esto, naturalmente, no era aceptable, desde aquel momento pudo considerarse declarada la guerra.

Tal era la situación general, cuando de pronto é inesperadamente estalló en el territorio persa la nueva y universal conflagración.

LIBRO SEGUNDO

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA PERSA HASTA LA BATALLA DE MANTINEA

PRIMERA PARTE

Desde la insurrección de los jonios contra los persas hasta el principio de la guerra del Peloponeso

CAPÍTULO PRIMERO

LA GUERRA PERSA

- I. Guerra contra Naxos y sublevación de Aristágoras.—II. Levantamiento de los griegos asiáticos contra Persia.—III. Batalla de Lade. Completa sujeción de los griegos asiáticos.—IV. Primera expedición griega de Mardonio.—V. Guerra entre Esparta y Argos.—VI. Expedición de Datis y Artafernes á Grecia.—VII. Batalla de Maraton: victoria de los atenienses.—VIII. Planes marítimos de Temístocles. Lucha entre este y Aristides.—IX. Sicilia. Acragas. La tiranía de Gelon en Siracusa.—X. Preparativos de Grecia contra Jerjes y situación de los griegos.—XI. Cartago. Cartago enemiga de los sicilíotas.—XII. Poder militar de Jerjes.—XIII. Los griegos del Olimpo.—XIV. Los helenos en las Termópilas y en Artemision. Muerte de Leónidas y toma de las Termópilas.—XV. Retirada de la escuadra griega. Los persas en la Grecia central. Retirada de los atenienses á la escuadra.—XVI. Los griegos en Salamina. Combate naval de Salamina y sus consecuencias.—XVII. Regreso de Jerjes y de su escuadra al Asia.—XVIII. Sicilia. Victoria conseguida en Himera por Gelon contra los cartagineses.—XIX. Preparativos para la campaña del año 479. Mardonio en Atica.—XX. Los espartanos atraviesan el istmo. Batallas de Platea y de Micala. Consecuencias de esta última.

I.—GUERRA CONTRA NAXOS Y SUBLEVACION DE ARISTÁGORAS

Las luchas intestinas que sostenían los partidos políticos en la isla de Naxos, determinaron el conflicto que iba á surgir entre los helenos europeos y los Aqueménides: la supremacía de las familias nobles restablecida por los espartanos después de haber destronado á Ligdamis en 524, no pudo sostenerse por mucho tiempo, pues á fines del siglo sexto se alzó ya amenazadora la democracia. Los nobles vencidos se dirigieron precipitadamente durante el otoño de 501 á Mileto: el príncipe Histio se había hecho su aliado, y su yerno Aristágoras, hombre inteligente y en extremo egoísta, procuró captarse las simpatías del gran rey, mientras preparaba una guerra contra Naxos, cuyas consecuencias debían ser el restablecimiento de la soberanía de los eupátridas en esta isla, dominada entonces por los persas, y la conquista para la Persia de las demás Cícladas. Aristágoras quiso, antes de llevar á cabo su empresa, asegurarse el auxilio de Artafernes; pues la isla de Naxos no dejaba de contar con 8,000 hoplites y con una importante escuadra. Los fugitivos naxios prometieron costear los gastos que la expedición pudiera ocasionar, y entonces el sátrapa, autorizado por el gran rey, dió orden á los griegos asiáticos para que aprestasen 200 buques, y confirió á su primo Megabates el mando del ejército pérsico de tierra. Las fuerzas de guerra, reunidas en Mileto, al comenzar la primavera del año 500, formando un conjunto de 50,000 hombres, debían, según el plan preconcebido, atacar impetuosa é inesperadamente la isla de Naxos, que se hallaba completamente descuidada. Pero mientras las naves esperaban en Chio un viento favorable para darse á la vela, surgió una disputa entre Aristágoras y Megabates acerca de

una cuestión de disciplina, cuya consecuencia fué apresurarse este último á comprometer al príncipe griego. Con perfidia oriental de la peor clase, puso en seguida en conocimiento de los naxios el peligro que les amenazaba, con lo cual se prepararon para la defensa; de modo que cuando el ejército milesio-persa se presentó por fin ante la isla, no pudo Aristágoras conseguir ventaja alguna, á pesar de un bloqueo de cuatro meses.

Cuando durante el otoño del año 500 regresó Aristágoras al puerto de Mileto, se encontró en la peor de las situaciones: desacreditado ante las cortes de Sardes y Susa, debió esperar que el pérfido Megabates le calumniara con éxito, atribuyéndole la exclusiva culpa del pasado desastre. Además, los gastos de la expedición, que corrieron de su cuenta, le arruinaron por completo, previendo probablemente entonces la pérdida de la Hiparquía, y quizá algo peor. En tal situación, pensó aquel tirano sin conciencia, ponerse en salvo, mientras decidía á los griegos á levantarse contra los persas. El plan que había concebido era sumamente atrevido. Los defectos de la administración persa se habían corregido bajo el sólido gobierno de Darío I, que atendió personalmente y de un modo especial al cuidado de los intereses materiales de los griegos, á los cuales profesaba grande estimación. En todo caso, solo los impuestos pudieron ser considerados con el tiempo hartos gravosos. Los griegos del Imperio, desde la nueva organización de las satrapías, se dividían en satrapía jónica y frigia: la primera comprendía la masa de helenos asiáticos que se extendía desde Sigeion hasta la Caria, y abrazaba, además, las comarcas de Caria, Licia y Panfilia; en la segunda, gobernada por un regente que residía en Dascileion, venían comprendidos en el conjunto principal de los

frigios, una parte del interior del Asia, y los griegos del Helesponto, de la Propóntide y del Bósforo. El virey de Sardes ejercía su jurisdicción sobre la Lidia, la Misia y la Frigia meridional. La satrapía jónica debía pagar anualmente como impuesto directo al Estado 300 talentos (7.500.000 reales), sin contar las contribuciones y prestaciones naturales, ni los gastos referentes á la administracion provincial. Un hombre pensador difícilmente hubiera podido hallar, dado este estado de cosas, fundamento para conquistarse una posición elevada en la Grecia asiática; Aristágoras, sin embargo, contaba y con razón, con el mágico atractivo que debía tener para sus compatriotas el llamamiento hecho para conseguir la libertad y establecer la democracia. Sus últimos escrúpulos desaparecieron cuando un mensajero de Histieo, recién llegado de Susa, le aconsejó que indujese á los jonios á sublevarse. Histieo, que deseaba ardentemente la terminación del poder monárquico en Grecia, siguió el plan, verdaderamente infame, de excitar el levantamiento de los helenos, para que Darío le enviase á él á Jonia con el encargo de castigar su atrevimiento.

II. —LEVANTAMIENTO DE LOS GRIEGOS ASIÁTICOS CONTRA PERSIA

Aristágoras, después de haber buscado todos los puntos de apoyo, comenzó á poner en planta el infame proyecto que debía destruir el bienestar de los griegos asiáticos. Sus adeptos siguieron los planes del audaz hiparca, llenos de ardiente celo: su amigo Yatrágoras logró fácilmente entusiasmar á las tripulaciones de la escuadra griega que estaba anclada en el Meandro cerca de Myo. El mismo Aristágoras renunció públicamente, en Mileto, á la hiparquía, devolvió al demos la libertad, y sublevó en pocas semanas todas las islas griegas y las ciudades de la costa, desde la Caria meridional hasta el Helesponto. No se derramó sangre: los príncipes de las ciudades fueron simplemente desterrados y solo el odiado Coes de Mitilene pagó con la vida sus excesos.

Entonces se pensó en prepararse convenientemente para una guerra en regla. El prudente Artafernes fué sorprendido cuando mas descuidado y en menos condiciones se encontraba para oponerse al incremento que iba tomando la sedición. Aristágoras, sin embargo, debió pensar que el enérgico Darío, que por aquel tiempo tenía amplia libertad de acción, no vería impasible la pérdida material y militar de aquella importante provincia griega, y que cuanto antes pondría en movimiento contra los griegos el ejército de tierra y la escuadra fenicia. Los griegos, que habrían podido asegurarse una posición libre dentro del Imperio, por medio de una paz llevadera, tuvieron que aprestarse para extender la sublevación, á cuyo fin reunieron sus fuerzas y solicitaron el auxilio de los helenos de la madre patria.

Mientras los griegos reunían las fuerzas móviles en Efeso é inauguraban durante la primavera de aquel año el ataque contra Sardes, Aristágoras procuró, en el invierno de 500 á 499, captarse ante todo la amistad y apoyo de los espartanos. Era de esperar que estos aceptarían tal alianza, pues prescindiendo de las simpatías que podían sentir por los compañeros de raza del Este del mar Egeo, los hombres de Estado griegos, dignos de tal nombre, debían comprender que nada era mejor para la seguridad de los griegos europeos que aquel levantamiento jónico, que obligaba á los Aqueménidas á permanecer en su territorio y les impedía pensar en la realización de sus proyectos harto claros respecto de la Grecia europea. A pesar de esto, no obtuvo resultado alguno la demanda de Aristágoras: los eforos y los reyes Demarato y Cleomenes se excusaron de llevar sus armas á la guerra jónica, fuera porque los milesios perjudicaran su causa por ineptitud política, fuera porque el gobierno espartano se

negase á elevarse por encima del horizonte limitado de la política peloponésica. Ni las buenas palabras ni las promesas pudieron quebrantar su determinación; con lo cual se frustraron las principales esperanzas que alimentaba Aristágoras, antes del primer choque con los persas. Los atenienses que, en modo alguno, negaban sus simpatías á los próximos compañeros de raza, no se encontraban entonces política ni militarmente en estado de exponer sus fuerzas en una guerra asiática, pues la guerra egineta había sido harto costosa para su pueblo. Sin embargo, Aristágoras consiguió que se le auxiliase con veinte buques de guerra, á los cuales debían agregarse cinco de Eretria.

De modo que, en lo esencial, se vió reducido Aristágoras, á oponer, contra los poderosos esfuerzos del gobierno central persa, únicamente las fuerzas asiático-griegas y la importancia del levantamiento, al cual se adhirieron los teucros gergithas del monte Ida y los griegos de la isla de Chipre, que sitiaron en seguida la ciudad fenicia de Amatunta. Mientras la insurrección de los chipriotas proporcionaba á los jonios la ventaja de entretener á la escuadra que debía dirigirse á Mileto, Aristágoras rompió las hostilidades contra Artafernes durante la primavera de 499. Cuando se hubieron reunido en Efeso el contingente asiático-griego y las tropas áticas y enotrias, se dejó la escuadra en el puerto que se abre á los pies del monte Coresso, mientras el ejército de tierra marchaba, por su mal, contra Sardes conducido por dos estrategos milesios, pues Aristágoras se había quedado en Mileto. Al principio la suerte favoreció á los griegos, porque Artafernes, no solo no pudo conservar la parte baja de la referida ciudad de Sardes, sino que se vió obligado á abandonar la Acrópolis y á pedir á toda prisa el auxilio de las guarniciones persas que guardaban los próximos distritos. Pero al penetrar en Sardes, ocurriósele á un soldado griego la intempestiva idea de incendiar una casa cubierta de cañahijas. El fuego prendió rápidamente y se comunicó á toda la ciudad, visto lo cual, los habitantes lidios, con los cuales contaban los griegos, poseídos de legítimo furor, se volvieron contra los agresores, y, protegidos por un fuerte ataque de Artafernes, arrojaron de la ciudad á los griegos que se dirigieron á las alturas del Tmolo. Para colmo de desdichas, los soldados que no se hallaban animados del espíritu revolucionario, sintieron remordimientos por el incendio del templo de Sardes; así es que, no ocultándose á ninguno de los oficiales de alto grado la difícil posición en que se encontraban, emprendieron la retirada hácia Efeso, perseguidos enérgicamente por Artafernes, cuyo ejército, engrosado con las tropas persas mandadas por los generales Otanes, Daurises é Hymeas, derrotó completamente á los griegos casi á las puertas de la ciudad de Efeso, en el verano del año 499.

Esta doble derrota fué decisiva para la continuación de la guerra; pues se perdió por completo la confianza que se había puesto en el éxito del levantamiento, provocado por hombres apasionados, no originado por la necesidad del pueblo, ni llevado á cabo por la exaltación de los ánimos. Los griegos, sin embargo, recibieron un auxilio, aunque poco importante, pues el rumor de la toma de Sardes determinó á los carios y caunios del Sur y á los griegos que habitaban las comarcas septentrionales desde el Helesponto hasta el Bósforo, á tomar parte en la guerra. De todos modos el total del ejército se disolvió en el mismo teatro de la guerra, regresando cada contingente á sus hogares. Los atenienses se apresuraron á volver á Atenas, que consideró ineficaz para el Atica la catástrofe jónica, cuando en realidad se había hecho lo suficiente para atraer sobre Atenas el inextinguible furor del gobernante persa.

No se desanimó, sin embargo, Aristágoras: cierto que no

se podía continuar una guerra ofensiva, pero el causante de la sublevación jónica, que se había acompañado de un consejo de alianza y de guerra, se trazó un plan, y fué acudir, por lo menos, rápidamente con la escuadra al auxilio de los puntos atacados por los persas; mas pronto se vió que dadas la fuerza numérica y la inteligente estrategia de estos, poca confianza podía tenerse en aquel plan, en sí bien concebido.

La energía del gran rey había movilizó un número tan importante de tropas iránias, que los persas, por desgracia para los sublevados, podían atacar á la vez, con distintos cuerpos de ejército, varias comarcas. Artibio, que había sido llamado del interior del Oriente, pudo, con auxilio de la escuadra fenicia, pasar de Cilicia á Chipre: mientras la armada jónica era enviada á esta isla, el persa Hymeas se arrojó sobre la Propóntide, conquistando á Chio, y Daurises sobre el Helesponto; al paso que Otanes y Artafernes vigilaban por su parte la Eolia y la Jonia. Al alejarse aquella armada, pudo Daurises conquistar rápidamente las ciudades de Dardanos, Abydos, Percote, Lampsaco y Pesos; después de lo cual se dirigió á Parion, cuando la peligrosa extensión que el movimiento revolucionario tomaba en Caria, le obligó á marchar á esta comarca y á confiar á Hymeas la guerra del territorio de Tróade.

La escuadra jónica, entre tanto, derrotó por completo junto á Salamina á la fenicia; pero en la llanura de la propia ciudad libró el ejército de tierra persa una batalla, en la cual encontró la muerte el mismo Artibio, destruyendo por completo el poder de Chipre, y poniendo largo sitio á las distintas ciudades griegas. La escuadra jónica regresó de nuevo á Mileto. En el entre tanto, Daurises trababa en Caria dos batallas, en Alabanda y en Labranda, en las cuales derrotó por completo á los sublevados.

La derrota del audaz Daurises en un combate nocturno junto al Pedasos, fué de poca ventaja para los griegos; pues durante el año 498 la desesperada causa de los jonios tomó un carácter verdaderamente desconsolador. Hymeas sometió toda la comarca de Tróade y el territorio de los gergithas, y cuando comenzaba á sentir las fatigas de tan pesada campaña, le sustituyeron con renovada energía Otanes y Artafernes. A la conquista de Cime siguió la sumisión de toda la Eolia, apoderándose Otanes de la misma Clazomene. Entonces comenzaron á descorazonarse los griegos de Efeso, Colofonte y Lebedos; y el indigno causante de aquella calamidad, Aristágoras, lleno de ignominiosa indiferencia, abandonó la causa de su desgraciado pueblo, y á fines de 498 acompañado de una corte de sus partidarios, se dirigió á Mircino ó orillas del Estrimon, en donde al año siguiente encontró una muerte oscura en un combate contra los indígenas tracios. Su intrigante suegro Histieo no pudo tampoco conseguir el objeto que su astuta perfidia se proponía: en efecto, el gran rey le había enviado á Jonia para reprimir la sedición; pero cuando en 497 se presentó en Sardes, el perspicaz Artafernes le designó públicamente como promotor de la sublevación. — «Tú, Histieo, dijole el virey, hiciste el zapato y Aristágoras se lo calzó.» — A consecuencia de ello, perdió Histieo la consideración de que había gozado, y, no queriéndole reconocer por soberano los milesios y habiendo fracasado sus planes para asesinar á Artafernes, acabó por ser el jefe de los corsarios que infestaban el Bósforo.

III. —BATALLA DE LADE. COMPLETA SUJECION DE LOS GRIEGOS ASIÁTICOS

Entre tanto, durante la primavera de 497 pudieron sostenerse las islas de Lesbos, Chio y Samos, y las ciudades de Mileto, Myo, Priene, Teos, Eritrea y Focea, que se habían

decidido á defenderse hasta el último momento. La lucha concentróse, finalmente, en la capital jónica, Mileto, contra la cual dirigieron los persas por un lado su ejército de tierra, y por otro una formidable escuadra compuesta de buques fenicios. A su vez, junto á la pequeña isla de Lade, que formaba y protegía el doble puerto de Mileto, se concentró para la defensa la escuadra griega que constaba de 353 triremes. Los persas, á pesar de contar con 600 embarcaciones, titubeaban en dar el ataque, pues temían mucho á la marina griega, y confiaban en las negociaciones secretas con el caudillo de la ciudad, que en el año 500 había sido expulsado por Aristágoras y cuyos antiguos súbditos pudieron inducirle á que abandonase la causa de los amotinados. Pero cuando la molición de muchos marineros jonios, que hicieron ilusorios todos los esfuerzos del enérgico capitán Dionisio de Focea para instruirles en la maniobra, determinó á los capitanes samios á separarse del movimiento, cedieron estos al consejo de su anterior tirano Eaces, hijo de Siloson, y negociaron mediante una traición ignominiosa, una amnistía y el restablecimiento de la tiranía en su isla. Por fin rompieron las hostilidades en octubre del año 497; y mientras los milesios del ala izquierda y los focenses y chiotas del centro peleaban con heroico valor, 49 de las 60 triremes samias que formaban el ala derecha, en alta mar, abandonaron su puesto de combate, tomaron la fuga, é hicieron insostenible con su huida la situación de la escuadrilla lésbica. Esto hizo inútil el heroísmo de los demás griegos y la batalla terminó con la completa derrota de la escuadra jónica. La ciudad de Mileto fué estrechamente bloqueada por tierra y por mar desde la primavera de 496, mientras Histieo por su parte, se apoderaba de las islas de Chio y Thasos y de la ciudad de Mitilene. Todo el valor y la perseverancia de los milesios no pudieron salvar la ciudad que ningún auxilio había recibido, y que fué tomada durante el verano del año 495: los hombres que había en ella fueron asesinados, y las mujeres y los niños hechos prisioneros, siendo muy corto el número de los habitantes que pudieron escapar á Samos. Las casas fueron saqueadas y entregadas después á las llamas, de suerte que aquella suntuosa ciudad estuvo por completo arruinada durante muchos años.

Los persas y los fenicios vencieron en todas partes los restos de la sublevación, imponiendo á los vencidos los castigos mas severos. En el otoño de 495 toda la Caria hubo de someterse de nuevo á los persas; y en la primavera del siguiente año pusieron otra vez en movimiento el ejército de tierra y la escuadra que se dirigieron hácia el Norte, en donde recorrieron el primero todas las islas, y la segunda las costas, para incendiar todas las ciudades que se levantaban hasta el Bósforo y que habían capitulado, haciendo prisioneros á innumerables jóvenes y doncellas que fueron respectivamente reducidos al estado de eunucos aquellos, y encerradas estas en los harems. Histieo, que quiso sostenerse en Mitilene, cayó en manos de los persas, mientras llevaba á cabo una expedición á las costas de Eolia, y fué crucificado en Sardes por orden de Artafernes. Milciades, el príncipe ático del Quersoneso tracio, que se había anexionado la isla de Lesbos durante la sublevación jónica, temió ser severamente castigado por aquella usurpación; por lo cual emprendió con cinco buques la fuga hácia Atenas y logró escapar de sus perseguidores, no sin haber perdido una de sus embarcaciones.

Entonces procuró Artafernes mostrarse en cierto modo humano con los infelices griegos, los cuales pudieron reunirse de nuevo en los restos de sus incendiadas residencias. Las contribuciones fueron menos gravosas para facilitar mas rápidamente cierto bienestar á los vencidos, y los persas establecieron el sistema de gobernar á los griegos por medio de hiparcas. Pocos en número fueron los antiguos príncipes de